

217.—*Clásico y romántico.*

Los espíritus en el sentido clásico, así como los espíritus en el sentido romántico (ambas especies existirán siempre), llevan en sí una visión del porvenir; pero la primera categoría deriva esta visión de la *fuerza* de su época, y la segunda de su *debilidad*.

218.—*La enseñanza de la máquina.*

La máquina enseña en sí misma el encadenamiento de las muchedumbres humanas en las acciones en que cada cual sólo tiene una cosa que hacer; da el modelo de una organización de los partidos y de la táctica militar en caso de guerra. Por el contrario, no enseña la soberanía individual; hace una sola máquina de la mayoría y de cada individuo un instrumento utilizable con un solo fin. Su efecto más general es enseñar la utilidad de la centralización.

219.—*No ser sedentario.*

Cualquiera que sea el placer que sintamos en habitar en una ciudad pequeña, nos sentimos inclinados, á causa de ella, á huir de cuando en cuando á la naturaleza más solitaria y más oculta; esto ocurre cuando creemos conocer muy bien la ciudad pequeña. Pero luego, para *descansar* de esta naturaleza, acabamos por volver á la ciudad. Bástanos beber algunos tragos en esa naturaleza, para adivinar la hez que se oculta en el fondo de su copa; y el círculo de traslados comienza de nuevo, empezando por la ciudad pequeña. Así viven los hombres modernos; en todas las cosas tienen demasiada *profundidad* para ser *sedentarios* como los hombres de otros tiempos.

220.—*Reacción contra la cultura de las máquinas.*

La máquina, producto de la más elevada capacidad intelectual, no pone en movimiento, en las personas que la manejan, más que las fuerzas inferiores é *irreflexivas*. Es cierto que su acción desencadena una suma de fuerzas enorme que sin eso permanecería adormecida, pero no incita á elevarse, á hacerse mujer, á convertirse en artista. Hace *activo* y *uniforme*, pero esto produce á la larga un efecto contrario; un tedio desesperado se apodera del alma que aprende á aspirar, por medio de la máquina, á una ociosidad agitada.

221.—*El lado peligroso del racionalismo.*

Todas esas cosas locas, histriónicas, bestialmente crueles, voluptuosas y sobre todo sentimentales, esas cosas impregnadas de una embriaguez de sí mismo que, reunidas, componen la verdadera *sustancia revolucionaria* y que antes de la Revolución habían encarnado en Rousseau; todo ese agregado acabó, con un entusiasmo péfido, por elevar sobre su cabeza fanática *el racionalismo* que así obtuvo como una irradiación de gloria. Ese racionalismo, que por su esencia es tan extraño á todas esas cosas, abandonado á sí mismo, hubiera pasado como un rayo de luz que atraviesa las nubes, y se hubiera contentado durante mucho tiempo con transformar solamente á los individuos, de suerte que, bajo su influjo, las costumbres y las instituciones de los pueblos solo muy lentamente se hubieran transformado. Pero, asociado á un organismo violento é impetuoso, el racionalismo se hizo también violento é impetuoso. Por eso el peligro que

presenta ha llegado á ser casi mayor que la utilidad liberadora y la claridad que introdujo en el vasto movimiento revolucionario. El que comprenda eso sabrá también de qué confusión hay que despojar al racionalismo, de qué impurezas hay que purgarlo, para *continuar* después en uno mismo la obra comenzada por él y para ahogar después su germen, haciéndolo invisible.

222.—*La pasión en la Edad Media.*

La Edad Media es la época de las mayores pasiones. Ni la antigüedad ni nuestro tiempo poseen esta extensión: la *capacidad* de ésta nunca fué mayor, y nunca se ha medido en una escala tan grande. La estructura física de la selva virgen, propia de los pueblos bárbaros, los ojos de una espiritualidad enfermi-za, alucinados y demasiado brillantes, propios de los discípulos cristianos del misterio, el porte infantil y muy joven, así como la excesiva madurez y la senilidad, la brutalidad de la bestia salvaje y el exceso de delicadeza y de refinamiento propios del alma en la antigüedad remota, todo eso se encontraba entonces reunido con frecuencia en una sola persona; por eso, cuando ocurría que alguien sintiese una pasión, era necesario que los saltos del sentimiento fuesen más formidables, el torbellino más impetuoso, la caída más rápida que nunca. Nosotros, hombres modernos, debemos estar satisfechos del retroceso que ha habido en ese dominio.

223.—*Saquear y economizar.*

Todos los monumentos intelectuales tienen éxito cuando producen en los ricos la esperanza de poder

saquear; en los pobres, la esperanza de poder economizar. Por eso, la Reforma alemana, verbigracia, ha hecho progresos.

224.—*Almas alegres.*

Cuando, después de beber, en el momento en que comienza la embriaguez, se hacía alusión, aunque fuese de lejos, á alguna porquería de especie mal oliente, el alma de los antiguos alemanes se alegraba; en los demás casos, eran de carácter melancólico. Pero entonces se había evocado su comprensión íntima.

225.—*Atenas desenfrenada.*

Cuando el populacho de Atenas tuvo también sus poetas y sus pensadores, el desenfreno griego conservó, sin embargo, una apariencia idílica y más distinguida que el desenfreno romano y alemán. Si la voz de Juvenal hubiera resonado allá como una trompeta hueca, le hubiese respondido una risa amable y casi infantil.

226.—*Sabiduría de los griegos.*

Siendo la voluntad de vencer y de dominar un rasgo invencible de la naturaleza, más antiguo y más original que el aprecio y la alegría de la paridad, el Estado griego sancionó la lucha gimnástica y musical entre iguales, limitando así una arena donde este instinto podía ejercitarse, sin poner en peligro el orden político. Cuando los concursos de música y de gimnástica degeneraron definitivamente, el Estado griego sintió inquietudes interiores y se disgregó.

227.—*«El eterno Epicuro».*

Epicuro ha vivido en todo tiempo y vive todavía, desconocido para los que se llamaban ó se llaman epicúreos, y sin reputación entre los filósofos. Así ha olvidado él mismo su propio nombre; era el más pesado bagaje que ha podido arrojar fuera de sí.

228.—*El estilo de la superioridad.*

La manera de hablar de los estudiantes alemanes se ha formado entre los que no estudian y saben apropiarse una especie de preponderancia sobre sus camaradas más serios, revelando el aspecto carnavalesco que existe en todo lo que sea cultura, decencia, erudición, orden, moderación, aunque continúa, es cierto, sirviéndose continuamente de las expresiones utilizadas en esos dominios, como hacen los mejores y los más sabios, pero con perversidad en la mirada y una mueca ofensiva. Este idioma de la superioridad (único original en Alemania), es el que hablan también involuntariamente los hombres de Estado y los críticos de periódicos; es una perpetua manía de la alusión irónica, con ojeadas de inquietud y descontento á derecha é izquierda, un idioma alemán compuesto de comillas y de muecas.

229.—*Los que se entierran.*

Nos retiramos y nos aislamos, acaso no por razón alguna de mal humor personal, como si no estuviésemos satisfechos de las condiciones políticas y sociales que rigen en la actualidad, sino más bien por economizar y aunar con nuestra retirada fuerzas que más tarde necesitará en absoluto la cultura, y eso en cuan-

to que el presente de hoy sea ese presente, y como tal cumpla su tarea. Reunimos un capital y tratamos de ponerlo en resguardo, lo mismo que en épocas muy peligrosas: *escondiéndolo* bajo tierra.

230.—*Tiranos del espíritu.*

En nuestra época, todo individuo que fuese la expresión de un solo rasgo moral, tan nítidamente como lo son los personajes de Teofrasto y de Molière, pasaría por enfermo y sería acusado de tener una «idea fija». La Atenas del siglo III, si pudiésemos volver á ella, nos parecería habitada por locos. Hoy día reina en cada cerebro *la democracia de las ideas*; muchas ideas *juntas* son el dueño; si una sola idea quisiera dominar, se llamaría «idea fija». Esa es nuestra manera de matar á los tiranos: evocando el manicomio.

231.—*La emigración más peligrosa.*

En Rusia hay una emigración de la inteligencia; se pasa la frontera para leer y para escribir buenos libros. Pero con eso se llega á transformar cada vez más la patria abandonada por el espíritu en una especie de hocico saliente del Asia que quisiese devorar á la pequeña Europa.

232.—*La locura del Estado.*

El amor casi religioso hacia la persona del rey, se trasladó entre los griegos al *polis* (1) cuando la realeza concluyó. Una idea resiste más amor que nadie, y sobre todo, provoca menos decepciones en el que ama; porque cuanto más saben los hombres que son ama-

(1) Palabra griega que significa ciudad.—(N. DEL T.)

dos, más carecen de consideraciones, hasta que acaban por no ser dignos del amor, y por hacer que se produzca una escisión. Por eso la veneración hacia el *polis* y hacia el Estado fué mayor de lo que nunca antes lo fuera la veneración hacia los príncipes. Los griegos son los *locos del Estado* de la historia antigua; en la historia moderna lo son otros pueblos.

233.—*Contra los que no cuidan de su vista.*

¿No sería posible comprobar en las clases cultas de Inglaterra que leen el *Times* una disminución de la agudeza visual que va creciendo de diez en diez años?

234.—*Grandes obras y gran fe.*

Éste poseía las grandes obras, pero su compañero poseía la gran fe en esas mismas obras. Eran inseparables, pero era evidente que el primero dependía en absoluto del segundo.

235.—*El hombre sociable.*

«Me siento mal de mí mismo», dijo alguien para explicar su inclinación hacia la sociedad. Como si dijese: «El estómago de la sociedad es mejor que el mío; me sostiene.»

236.—*Cerrar los ojos del espíritu.*

Si está uno habituado á reflexionar sobre sus acciones y es experto en eso, se verá obligado, no obstante, á cerrar el ojo interior durante la acción, aunque no fuese más que comiendo ó bebiendo. Aun en la conversación con hombres vulgares, hay que saber *pensar* cerrando los ojos del espíritu; porque es el

único medio de comprender el pensamiento vulgar. Esta acción de cerrar los ojos puede verificarse de una manera sensible y voluntaria.

237.—*La venganza más terrible.*

Cuando uno quiere á toda costa *vengarse* de un adversario, es preciso esperar hasta que se tenga entre manos muchas verdades y juicios de que uno podría servirse fríamente contra él, de suerte que ejercer la venganza equivale á ejercer la justicia. Esa es la forma más espantosa de venganza; no tiene sobre sí ningún ejemplo al cual pudiera acudir. Así, Voltaire juzgó de Pirrón con cinco líneas que pronuncian un juicio sobre toda su vida y toda su obra y toda su actividad; tantas palabras, otras tantas verdades; así se vengó también de Federico el Grande en una carta que le dirigió desde Ferney.

238.—*El impuesto del lujo.*

Se compran en los almacenes las cosas necesarias y las más indispensables, y se pagan muy caro, porque se os hace pagar al mismo tiempo lo demás que hay que vender, y que rara vez encuentra comprador: los objetos de lujo y las cosas superfluas. Así, el lujo impone una contribución continua sobre las cosas sencillas que pueden prescindir de él.

239.—*Por qué viven todavía los mendigos.*

Si todas las limosnas no se diesen más que por compasión, todos los mendigos habrían ya muerto de hambre.

240.—*Por qué viven todavía los mendigos.*

La mayor dispensadora de limosnas es la cobardía.

241.—*Cómo el pensador utiliza una conversación.*

Sin ser precisamente un escucha, se puede oír mucho si se ha aprendido á ver bien, perdiéndose de vista por algún tiempo. Pero los hombres no saben utilizar una conversación; ponen demasiada atención en lo que quieren decir y responder, mientras que el verdadero oyente se contenta á veces con responder provisionalmente y *decir* sencillamente algo, como un pago hecho á la cortesía, llevando, por el contrario, en su memoria, llena de secretos, todo lo que el otro ha formulado, además del tono y la actitud que puso en su discurso. En la conversación habitual, cada cual cree dirigir la discusión, como si los barcos que navegan uno al lado del otro, y que tienen un choque insignificante de cuando en cuando, sintiesen la ilusión de preceder, ó siquiera de remolcar, al barco vecino.

242.—*El arte de excusar.*

Cuando alguien quiere excusarse ante nosotros, es preciso que se dedique á ello muy fácilmente; porque, de lo contrario, se arriesga á persuadirnos que nosotros somos falibles, lo cual nos produce una impresión desagradable.

243.—*Relaciones imposibles.*

El barco de tus ideas tiene demasiado calibre para que puedas navegar sobre las aguas de esas personas cordiales, honradas y agradables. Hay muchos bajos y bancos de arena; sería necesario costear y virar y estar en un apuro continuo, y esas personas se apurarian igualmente por tu apuro, cuya causa no sabrían adivinar.

244.—*La zorra de las zorras.*

Una verdadera zorra no llama solamente muy verdes á los racimos que no puede alcanzar, sino también á los que alcanza y de que priva á los demás.

245.—*En las relaciones íntimas.*

Cualquiera que sea la estrecha comunión entre algunos hombres, bajo su horizonte común habrá siempre para ellos cuatro orientaciones distintas, y en ciertas horas se darán cuenta de ello.

246.—*El silencio del disgusto.*

He aquí alguien que, en cuanto pensador y en cuanto hombre, sufre una transformación profunda y dolorosa, y da de ella testimonio público. Pero los oyentes no lo notan, y se imaginan que ha permanecido idéntico. Esta experiencia dolorosa ha inspirado disgusto á muchos escritores: habían apreciado en demasía la intelectualidad de los hombres, y, á partir del momento en que se han dado cuenta de su error, han prometido callarse.

247.—*Seriedad de los negocios.*

Los negocios de algunos hombres ricos y nobles son su manera de *descansar* de una *ociosidad* demasiado prolongada y convertida en costumbre: por eso los tratan con tanta seriedad y pasión, como otras personas tratan sus raros ocios y sus ocupaciones de aficionado.

248.—*Ambigüedad.*

Del mismo modo que á veces pasa por el agua que se extiende á tus pies un temblorcillo brusco que la

hace espejear, como si estuviese cubierta de escamas, así también se encuentran á veces en el ojo humano algunas de esas incertidumbres y de esas ambigüedades en que uno se pregunta: ¿Es un estremecimiento? ¿Es una sonrisa? ¿Son ambas cosas á la vez?

249.—*Positivo y negativo.*

Ese pensador no necesita de nadie para refutarle; él mismo se encarga de hacerlo.

250.—*La venganza de las redes vacías.*

Desconfiad de todas las personas afligidas de un sentimiento amargo semejante al del pescador, que, después de una jornada de trabajo penoso, vuelve por la noche con las redes vacías.

251.—*No imponer su derecho.*

Hay que emplear bien el trabajo que cuesta ejercer el poder, y es necesario mucho valor. Por eso hay tantas personas que no imponen su derecho, puesto que ese derecho es una *especie de poder*, y puesto que son demasiado perezosos ó demasiado cobardes para ejercerlo. *Mansedumbre y paciencia*: así se llaman las virtudes que ocultan ese defecto.

252.—*Portadores de luz.*

No habría rayos de sol en la sociedad si los adulafores de nacimiento no los hiciesen penetrar: me refiero á las personas amables.

253.—*El más caritativo.*

El hombre es más caritativo cuando se le acaba de rendir un gran homenaje y ha comido poco.

254.—*Hacia la luz.*

Los hombres se agrupan hacia la luz, no para ver mejor, sino para brillar más. Se considera de buen grado como una luz aquel ante quien se brilla.

255.—*El hipocondriaco.*

El hipocondriaco es un hombre que posee bastante ingenio, y goza del ingenio para tomar en serio sus sufrimientos, sus pérdidas y sus dolores; pero el dominio en el cual busca su alimento es demasiado reducido: lo tala de tal manera, que le es necesario buscar brizna de hierba por brizna de hierba. Eso acaba por hacerle envidioso y avaro; y solo entonces es insoportable.

256.—*Restituir.*

Hesíodo aconseja restituir al vecino que nos ha ayudado, en cuanto le sea posible, de una manera más amplia. Porque el vecino siente gran placer en ver su benevolencia de otro tiempo producirle intereses; pero el que restituye experimenta también su placer, en el sentido de que resarce la humillación que ha debido sufrir en otro tiempo dejándose llevar de la insignificante ventaja que le proporcionan sus larguezas.

257.—*Más sutil de lo que es necesario.*

El espíritu de observación que ponemos en reconocer si los demás no se dan cuenta de nuestras debilidades es mucho más sutil que el que ponemos en reconocer las debilidades de los demás: de donde resulta, por consiguiente, que nuestro espíritu de observación es más sutil de lo necesario.

258.—*Una especie de sombra clara.*

Inmediatamente al lado de los hombres del todo nocturnos encuéntrase generalmente, como asociada á ellos, un alma de luz. Esta es, en cierto modo, una sombra negativa que arrojan ellos.

259.—*¿No vengarse?*

Hay tantas maneras sutiles de venganza, que alguien que tuviese motivos de vengarse podría obrar como quisiese: todo el mundo estará de acuerdo al cabo de algún tiempo para decir que se ha vengado. La pasividad, que consiste en no vengarse, no depende del buen deseo de un hombre: éste no tiene derecho á expresar *su deseo* de no vengarse, interpretándose el desprecio de la venganza, y *considerándose* como una venganza sublime y muy sensible. De donde resulta que no se necesita hacer nada *superfluo*.

260.—*Error de los que veneran.*

Cada cual cree decir á un pensador algo que le honra y que le es agradable, demostrándole que ha llegado por sí mismo exactamente al mismo pensamiento, y más aún, á la misma expresión del pensamiento; y no obstante, es muy raro que el pensador se alegre de esa comunicación; muy al contrario, ocurre á menudo que entonces llegue á desconfiar de su pensamiento y de la expresión de éste: decide, en su interior, someterlas un día á una revisión. Cuando se quiere honrar á alguien hay que guardarse de expresar una concordancia: ésta coloca á un mismo nivel. En muchos casos es cuestión de habilidad mundana escuchar una opinión como si no fuese la nuestra y como

si traspasase nuestro horizonte; por ejemplo, cuando un viejo lleno de experiencia abre una vez por excepción los estantes de su sabiduría.

261.—*Carta.*

La carta es una visita que no se hace anunciar; el cartero es el intermediario de esas sorpresas descorteses. Debiera tenerse cada ocho días una hora para recibir la correspondencia y tomar después un baño.

262.—*Prevenirse contra sí mismo.*

Alguien dijo: estoy *prevenido contra mi mismo* desde mi primera infancia; por eso veo en cada censura algo de verdad y en cada elogio algo de tontería. Estimo demasiado poco la censura y demasiado el elogio.

263.—*Camino de la igualdad.*

Una hora de ascensión á las montañas hace de un ganapán y de un santo dos criaturas casi iguales. La fatiga es el camino más corto hacia la *igualdad* y la *fraternidad*; y durante el sueño acaba por agregárseles la *libertad*.

264.—*Calumnia.*

Si se encuentra la huella de una sospecha verdaderamente inconveniente, no hay que buscar nunca el manantial entre nuestros *enemigos* leales y sencillos; porque si éstos inventasen á costa nuestra semejante cosa, siendo enemigos nuestros, no se les daría crédito. Pero aquellos á quienes hemos sido más útiles durante algún tiempo y que, por una razón cualquiera, pueden estar secretamente seguros de no conseguir

de nosotros nada más; esos son capaces de poner en circulación una infamia; se les da crédito, por una parte, porque se admite que no inventarían nada que pudiera perjudicarles personalmente, y por otra parte, porque han aprendido á conocernos más de cerca. Para consolarse, el que así es calumniado puede decirse: las calumnias son enfermedades de los demás que brotan en tu propio cuerpo; demuestran que la sociedad es un solo organismo moral, de suerte que puedes emprender *en ti mismo* la cura que ha de ser útil á los demás.

265.—*El cielo de los niños.*

La felicidad de los niños es un mito, lo mismo que la felicidad de los hiperbóreos de que hablan los griegos. Si la felicidad habita en la tierra, se decían éstos, debe estar seguramente lo más lejos posible de nosotros, acaso allá en los confines de la tierra. Los hombres de cierta edad piensan del mismo modo; si el hombre puede, en verdad, ser feliz, es cuando está lo más lejos posible de *nuestra edad*, en los límites y en el comienzo de la vida. Para algunos hombres, el aspecto del niño, á través del velo de ese mito, es la mayor alegría que puede sentir: entra bajo el atrio del cielo, diciendo: «Dejad venir á mí los niños, porque de ellos es el reino de los cielos.» El mito del cielo de los niños circula, de una manera ó de otra, dondequiera que hay en el mundo moderno algo sentimentalismo.

266.—*Los impacientes.*

Precisamente el que está en su evolución no quiere admitir la evolución: es demasiado impaciente para eso. El joven no quiere esperar á que, después de mu-

chos estudios, sufrimientos y privaciones, se complete su imagen de los hombres y de las cosas; acepta, pues, con confianza otra imagen completamente terminada y que se le presenta, la acepta como si en ella encontrase de antemano las líneas y los colores de su cuadro; se pone enfrente de un filósofo ó de un poeta, y durante mucho tiempo es preciso que haga reverencias y que reniegue de sí mismo. Aprende así muchas cosas, pero á menudo olvida también lo que es más digno de aprenderse: el conocimiento de sí mismo; sigue siendo, por consiguiente, un partidario durante toda su vida. ¡Ah! Hay que dominar mucho tedio y trabajar con el sudor de su frente, hasta que se hayan encontrado sus colores, su pincel y su lienzo. Y aun entonces se está bien lejos de ser dueño de su arte de vivir; pero se trabaja al menos como maestro en su propio taller.

267.—*No hay educadores.*

En cuanto pensadores, no debiéramos hablar más que de la educación de sí mismo. La educación de la juventud dirigida por los demás es, ya una experiencia emprendida sobre algo desconocido ó incognoscible, ya una nivelación por principio, para hacer al ser nuevo, cualquiera que éste sea, conforme á las costumbres y á los usos reinantes: en ambos casos, es algo indigno del pensador, es la obra de los padres y de los pedagogos que un hombre leal y audaz ha llamado *nuestros enemigos* naturales. Cuando desde hace mucho tiempo se ha educado uno según las opiniones del mundo, se acaba un día por *descubrirse á sí mismo*; entonces comienza la tarea del pensador, entonces es tiempo de exigir su auxilio; no como educador,

sino como uno que se ha educado á sí mismo y que tiene experiencia.

268.—*Compasión por la juventud.*

Nos molesta saber que á un joven se le caen ya los dientes ó que otro comienza á ponerse ciego. Si supiésemos todo lo que hay de irretractable y desesperado en toda su naturaleza, ¡cuánto mayor sería nuestro trabajo! ¿Por qué todo eso nos hace *sufrir*? Porque la juventud debe continuar lo que *nosotros* hemos aprendido y el menor menoscabo á su fuerza perjudica á *nuestra* obra cuando cae en sus manos. El dolor sirve de garantía insuficiente de nuestra inmortalidad; ó bien, para el caso en que no nos considerásemos sino como los ejecutores de la misión humana, el dolor consiste en ver que esta misión debe pasar á manos más débiles que las nuestras.

269.—*Las épocas de la vida.*

La comparación de las cuatro estaciones con las cuatro épocas de la vida es una venerable necesidad. La primera veintena de años de la vida, lo mismo que la última veintena, no corresponde á una estación: á menos de que nos contentemos con esa metáfora que compara el color blanco de los cabellos y el de la nieve ú otras diversiones de este género. Los primeros veinte años son una preparación á la vida en general, para el año entero de la vida, como una especie de día de año nuevo prolongado; mientras que la última veintena pasa revista, asimila, ordena y armoniza todo lo que se ha vivido, así como se ha hecho en pequeño, el día de San Silvestre, con todo el año transcurrido. Pero entre esas dos épocas de la vida hay, en

efecto, un período que sugiere esta comparación con las estaciones; es el intervalo que se extiende desde los veinte á los cincuenta años (para contar en conjunto por decenas, siendo así que, como es de suponer, cada cual debe refinar para su propio uso esas limitaciones groseras). Esos treinta años responden á tres estaciones: al verano, la primavera y el otoño. En cuanto al invierno, la vida humana no la tiene, á no ser que se quiera dar el nombre de invierno á esos meses duros, fríos, solitarios, sombríos, estériles, esos *meses de enfermedad* que no son ¡ah! muy raros. De los veinte á los treinta: años calurosos, incómodos, huracanados, años de producción excesiva y de fatiga, en que se celebra el día cuando ha terminado, enjugándose la frente, años en que el trabajo parece duro, pero necesario: esos años son el estío de la vida. Los años de treinta á cuarenta son la *primavera*: atmósfera, ó demasiado caliente, ó demasiado fría, siempre agitada y estimulante; desbordamiento de savia, vegetación lujurante y floración por todas partes, encanto mágico y frecuente de las mañanas y de las noches deliciosas, trabajo en que el canto de los pájaros nos convida al despertar; trabajo que se ama de todo corazón y que es el pleno goce del propio vigor que crece con las esperanzas saboreadas de antemano. Los años de los cuarenta á los cincuenta están, por último, llenos de misterio, como todo lo que es inmóvil, semejante á una vasta meseta de las altas montañas, rozada por una brisa fresca, bajo un cielo puro y sin nubes, que día y noche mira á la tierra con la misma serenidad. Esta es la época de la recolección y de la alegría más cordial; el *otoño* de la vida.